

«Segun oficiales experimentados, la constitucion de nuestros soldados es por lo general de las mas débiles; de lo cual resulta una gran pérdida de efectivo cuando se entra en campaña. Y este defecto ha sido tan observado, que muchos escritores militares han atribuido al estado fisico de nuestro ejército los desastres que en 1813 y 1814 cayeron sobre la Francia. Sobre trescientos mil conscriptos, una tercera parte, en efecto, entraba en los hospitales á los dos ó tres meses de campaña. Esos pobres muchachos, tan valientes en los campos de batalla, no tenian fuerza para llevar el fusil ni soportar largas marchas, y sucumbian víctimas de la nostalgia, del tifus, y de todas las enfermedades epidémicas que hicieron de Dresde, de Mayence, en 1813, y de París en 1814, vastos y gloriosos sepulcros <sup>1</sup>.»

Es, pues, cierto que la sociedad doméstica en Francia, bien se la examine en las clases altas, bien en las bajas, está profundamente lacerada. El acto augusto que la sirve de base está profanado; el padre, ya déspota, ya criado; la madre y la esposa despreciadas, el hijo, hecho en su vida moral y fisica el juguete de pasiones brutales y crueles; nada de afeccion, nada de lazos de familia, nada de felicidad íntima: hé aquí, lo repetimos, los tristes frutos de las doctrinas impías y degradantes predicadas en Europa desde tres siglos á esta parte. En vano la sabiduría humana ha creído poder reemplazar la virtud por el bienestar; en vano ha llamado en su auxilio á las ciencias, á las artes, á la industria. ¡Inútiles esfuerzos! El hombre no vive solo de pan. ¿Qué digo? Ese gran desarrollo dado á la vida material no ha hecho mas que aumentar la miseria del pueblo acrecentando su indigencia moral; y como resultado inevitable de haberse perdido el equilibrio, ha surgido el mal fisico inundo y devorador como un cáncer, y hombres no sospechosos demuestran que la industria actual, esto es, la industria separada de la Religion, es uno de los grandes peligros de nuestra época. Ante estos hechos, ¿cómo osar decirles que no tienen razon?

Sí, ella es peligrosa, la industria egoísta que explota al pobre en provecho del rico, peligrosa para el cuerpo, para el alma, para la libertad misma y la independencia nacional; porque enerva, diezma, y tortura una gran parte de la poblacion. Se-

<sup>1</sup> *Influencia de las fábricas, etc.*

guid, nosotros lo deseamos, el torrente que os arrastra hácia la produccion manufacturera; vosotros debeis hacerlo acaso, so pena de veros sobrepujados por los pueblos vecinos y ver pasar á sus manos todas vuestras riquezas, en cambio de los productos que no habréis sabido fabricar; ¿pero síguese de aquí que Francia deba sacrificar á esta necesidad el porvenir fisico y moral de sus hijos? Hay otra necesidad mas apremiante á la que debeis atender; la conservacion de vuestras riquezas morales, que son la verdadera fuerza de las naciones. En vano producís magníficos calicots, bellas telas de seda y lana; en vano trabajais el hierro en abundancia, y cubrís la Francia de caminos de hierro, si no tenéis con esto sino un pueblo sin fe, sin costumbres, sin abnegacion. Meditadlo bien, ó los principios anticristianos que os minan, ó los partidos que os dividen, ó los bárbaros que os amenazan, os despojarán de esas riquezas ganadas á costa del sudor del pueblo, á costa de su vigor, á costa de sus costumbres y de sus creencias, y á costa tambien de su honor y libertad.

## CAPÍTULO X.

### *Medios de salvar á la Familia.*

Á la vista del cuadro tan sombrío, y sin embargo tan verdadero de la familia entre nosotros, asalta al alma el desaliento. Se tienen tentaciones de cubrirse la cara y aguardar el próximo fin de una sociedad herida en el corazon. Sin embargo, el cristiano no se abate; tiene fe en una palabra eternamente poderosa. Dos veces creadora, esa palabra sacó de la nada el mundo fisico, y levantó del sepulcro de la idolatría y de la corrupcion al gran Lázaro enterrado dos mil años habia. Siempre la misma, esa palabra llama hoy aun á la vida social á las bárbaras tribus de la Oceania. Lo que ella hace en los archipiélagos del mar Pacifico, puede hacerlo tambien en Europa, en Francia; esta palabra de vida es el Cristianismo.

La familia le ha debido su redencion, su gloria, su felicidad durante los siglos de fe: no ha perdido esas nobles prerogativas sino rompiendo con la Religion. Así debe tambien el cuerpo humano su belleza y su vigor al principio que lo anima. Vivo mien-

tras que está unido al alma, muere cuando se separa de ella, y resucita cuando vuelve á unirsele. La consecuencia de ese raciocinio apoyado en la historia universal, debe formularse en estos términos: Volver al Cristianismo; hé aquí el único medio de salvacion que queda á la familia.

Pero ¿es posible ese retorno? ¿Cómo puede realizarse? En primer lugar, hay aun entre nosotros elementos de regeneracion. El Clero, accion viva del Cristianismo, se muestra lleno de celo y de abnegacion. En todas partes está en la brecha; su voz resuena cada dia en nuestras cuarenta mil municipalidades. La mas poderosa voz de nuestros pontífices proclama saludables enseñanzas. Á la sagrada milicia se la unen Órdenes religiosas, nacidas como por encanto, que velan y trabajan noche y dia para hacer pasar al hijo de los brazos de su madre á los de la Religion. ¿Quién puede pensar sin consuelo, en las numerosas instituciones creadas en estos últimos tiempos, para preservar del contagio las generaciones vírgenes aun del vicio y del error? Si una prensa corruptora propaga culpables doctrinas, hay tambien una prensa católica que extiende saludables máximas.

¿De dónde proviene, pues, la inutilidad de tantos esfuerzos? ¿De dónde provienen esos sobrado fundados gritos de alarma que se levantan de todas partes? ¿De dónde proviene esa desconsoladora máxima, escrita en las banderas de tanto valiente campeón: Nada queda ya que hacer; que los que están condenados á muerte, mueran<sup>1</sup>: hemos prestado ya nuestros cuidados á Babilonia; no está curada aun: abandonémosla<sup>2</sup>?

Preciso es decirlo: grandes obstáculos se oponen á la salvacion de la familia; y á fin de dar á esta obra un carácter de actualidad, es menester que los indiquemos. Plumas mas elocuentes que la nuestra, voces mas poderosas, se encargarán de destruirlos; y necesario será que lo sean pronto, pronto, si no se quiere que suene para la sociedad su última hora.

Así como se ve á una cuadrilla de cazadores sanguinarios, fatigados de perseguir inútilmente al ligero ciervo que escapa á sus tiros y á sus perros, rodear el bosque y batirlo en todas direcciones á fin de obligar á salir al noble animal y matarlo; así se ha visto

<sup>1</sup> Jerem. XLIII, 11.

<sup>2</sup> Id. LI, 9.

tambien por espacio de tres siglos á los campeones de la impiedad, encarnizados en la persecucion del Cristianismo, cuya muerte habian jurado, rodear, por decirlo así, á la sociedad europea, batirla en todas direcciones á fin de obligar á salir al Cristianismo, y descargar despues sobre la sociedad la rabia de que estaban poseidos. Pero el Cristianismo estaba en Europa, como el alma en el cuerpo; en todas partes. Y la obra de destruccion ha tenido que ser, por tanto, larga y dificil. Para terminar mas pronto han atacado el centro de la vida; parecidos al hábil asesino que dirige un puñal, no al brazo, sino al corazon, han herido la familia, principio vital de la sociedad.

Han dicho al Cristianismo: *Sal del hogar doméstico*; y el matrimonio, Sacramento divino, pedestal augusto que levantaba la sociedad doméstica muy por cima la tierra y los sentidos, no ha sido mas que una transaccion comercial. Consecuencia de esto fue, que la union sagrada del hombre y de la mujer es una union pagana; el padre, la madre y el hijo han perdido, con la nocion de sus sublimes prerogativas el sentimiento de sus nobles deberes; y emponzoñadas las generaciones, no han llevado á la tierra mas que crímenes y muerte. Hé aquí la verdad: la excepcion confirma la regla.

¿Quiérese curar radicalmente el mal? Es menester borrar del código el funesto artículo que consagra el matrimonio civil. Mientras que los contrayentes no estén obligados á presentarse al ministro de Dios antes que al delegado del príncipe; mientras que se dará al contrato civil la preferencia sobre el Sacramento, y que se le tendrá por condicion única de la legitimidad de los hijos, se estimulará á los esposos á enlaces que la Religion reprueba, y que la experiencia de todos los dias señala como origen de una infinidad de desórdenes. Se hará mas aun: á los ojos mismos de los que no se contentarán con el contrato civil, el Sacramento, merced á la injuriosa inferioridad en que se le coloca, no parecerá sino una formalidad secundaria á la que darán poca importancia, y que no tendrá influencia alguna real sobre la sociedad. Como consecuencia obligada del primer medio de salvacion, es preciso anular la extraña disposicion de la administracion superior de París que autoriza el matrimonio con los extranjeros legalmente divorciados; es preciso sobre todo derogar la increíble ley que castiga al sa-

cerdote que confiera el Sacramento antes de la celebracion del contrato civil.

Este proceder necesario será tanto más honroso cuanto que es lógico. El hombre depende de Dios antes que del príncipe; es miembro de la sociedad religiosa antes que de la civil. Adoptad esta medida, y restableceis el orden. De lo contrario, haréis perecer á la sociedad doméstica, y con ella pereceréis también vosotros. Del hogar doméstico, en que Dios nada será ya, saldrán nubes de seres malhechores que más ó menos tarde derrumbarán vuestro edificio, y esto sucederá, porque está escrito: Quien no sirve á Dios, morirá <sup>1</sup>.

Devolver su importancia al sacramento del Matrimonio: *primer medio de salvar la familia.*

Han dicho al Cristianismo: *Sal de nuestras familias*; y el padre y la madre han sido uno tras otro esclavos de los déspotas, y los hijos víctimas de los verdugos. Es menester, pues, llamar de nuevo el Cristianismo á la familia, á fin de restablecer, consagrar y determinar claramente los derechos y deberes de cada uno de sus miembros. Siendo la autoridad paterna el alma de la familia, ella ha sido el blanco natural de las doctrinas anticristianas. Cuatro golpes mortales se la han asestado; se la ha destronado; se la ha restringido su duracion; se la ha limitado en su ejercicio; y se la ha lanzado al desprecio universal declarándola incapaz de cumplir con el primero de los deberes, la educacion de sus hijos.

1.º La autoridad paterna ha sido destronada. Rebajando el contrato matrimonial al nivel del Paganismo, el padre no ha sido más á los ojos de los hijos que el representante del príncipe; en lugar de descender del cielo, su poder se ha derivado del hombre, de la naturaleza. La auréola divina con que el Cristianismo rodeaba al jefe de la familia ha desaparecido, y con ella se han debilitado el respeto religioso y la piedad filial. Devolved, pues, lo repetimos, al sacramento del Matrimonio el puesto de honor y la superioridad social de que disfruta en los pueblos cristianos. El padre recobrará con su dignidad el sentimiento de sus deberes, y el hijo sabrá que existen entre él y el autor de sus días relaciones más elevadas que las que forman las leyes y la naturaleza.

<sup>1</sup> Gens enim et regnum, quod non servierit tibi, peribit. (Isai. LX).

2.º Se ha restringido la duracion de la autoridad paterna. Bajo el imperio de nuestra legislacion cristiana, el hijo era menor de edad hasta los veinte y cinco años. A esta edad comienza á ser hombre, ó no lo será jamás. La vivacidad de las pasiones, la inexperiencia, la movilidad de carácter, el predominio de la imaginacion, exigen en interés de la sociedad, que no se le declare mayor antes de los veinte y cinco años. Si fuesen necesarios ejemplos para demostrar esta verdad que lleva en sí misma la prueba, se presentarían en abundancia y concluyentes. ¿Será preciso recordar aquí, entre otros mil, la de ese jóven, cuya causa se ha visto no há mucho ante los tribunales de la capital? Antes de su mayor edad habia suscrito ya obligaciones de *ciento veinte y cinco mil francos*. Y los debates han probado que apenas habia recibido *doce mil francos* del usurero.

3.º La autoridad paternal ha sido limitada en su ejercicio. En otro tiempo el padre podia desheredar al hijo indigno de su ternura. Hoy no puede, cualesquiera que sean los ultrajes de que tenga que quejarse, privar al hijo desnaturalizado de la totalidad de sus bienes. En esta nueva disposicion, ¿cómo no ver una injuria á la autoridad paternal y un estímulo á la insubordinacion de los hijos? Que los hombres encargados de velar por la conservacion de la sociedad, cuya piedra angular es la autoridad paterna, busquen los medios de remediar los males que deploramos. Que se reponga la mayoría de edad en la fijada por la experiencia de nuestros abuelos. La historia atestigua que no se habian engañado. Ninguna nacion moderna fue más fuerte que la francesa, porque en parte alguna estuvo la familia basada sobre mejores principios, ni contenida por lazos más sagrados y duraderos. Uno de estos lazos, esto es, una de las causas de nuestra gloria nacional, era, no lo dudeis, la tutela del padre prolongada hasta la edad en que el niño debia pasar á ser hombre, si es que deba serlo jamás. Tal es también la opinion de los jurisconsultos más ilustrados, que cada dia deploran más los tristes resultados de la nueva legislacion.

4.º Se ha lanzado la autoridad paterna al desprecio público, porque se la ha declarado incapaz de cumplir el primero de sus deberes, la educacion. Haciéndose maestro de escuela obligado de la juventud, el Estado dice á la Europa entera: «Reconozco á los

«padres de familia franceses bastantes luces y prudencia para elegir á las personas que deben hacer las leyes y presidir sus destinos; pero les creo incapaces de educar á sus hijos ó de escoger «sus maestros.» Este es un ultraje sangriento, del cual el Gobierno exigiria una satisfaccion ruidosa si se nos hiciese por extranjeros. Es preciso, pues, que el Estado cese pronta y lealmente de deshonrar á los padres de familia á los ojos de sus hijos y de la nacion, devolviéndoles el imprescriptible derecho de que les ha despojado. Que se borre cuanto antes de nuestros códigos la máxima salvaje de Atenas y Esparta, que los hijos pertenecen al Estado antes que á los padres.

Justa en sí la libertad de enseñanza, solemnemente prometida en la Carta, nada tiene de contrario ni al bien general, ni á la tranquilidad pública. Léjos de esto; ella afirma el poder adhiriéndole los padres de familia y preparando para la patria ciudadanos virtuosos.

De hecho, la libertad de enseñanza no solo está inscrita en la Carta, sino que es tambien la consecuencia rigurosa de la libertad de cultos proclamada por nuestra legislacion. Hé aquí en qué consiste: Hay en Francia cuatro clases de ciudadanos, católicos, protestantes, judíos, y hombres que por su nacimiento pertenecen á alguna de estas tres categorías, pero que no quieren religion alguna para ellos ni para sus hijos; su número es corto. Como quiera que sea, el Estado reconoce á unos y otros la libertad de cultos. Sed católico, protestante, judío ó indiferente, no seréis por esto ni menos protegido como ciudadano, ni menos admisible á todos los empleos.

Que haya cuatro escuelas igualmente libres para esas cuatro categorías. El Gobierno, que no tiene ni puede tener doctrina alguna religiosa, habiendo dimitido su cargo de institutor, dirá á los padres de familia sin distincion: «La naturaleza os da el derecho «y os impone el deber de educar á vuestros hijos por vosotros mismos ó por quien querais. Que reciban, pues, segun vuestros deseos una instruccion católica, protestante, judía ó extraña á toda «religion: reconociéndoos á todos bajo estos diversos títulos, os «autorizo para ser lo que significan y para hacer que con vosotros «lo sean tambien vuestros hijos. Sin embargo, si me parece bien, «pondré escuelas mias, católicas, protestantes, judías, ateas, se-

«gun vuestros deseos ó los mios; pero no serán privilegiadas ni «obligatorias para nadie. Ejerceré sobre ellas plena autoridad. En «cuanto á las vuestras mi intervencion se limitará á reprimir los «desórdenes que se me indiquen.

«En cambio de esa entera libertad pesará toda la responsabilidad sobre vosotros. Sin embargo, yo soy el repartidor de los cargos públicos. Un dia vendrán vuestros hijos á pedirme que les «coloque, y para entonces les aguardo. Se pondrán hombres especiales en cada carrera encargados de juzgar los candidatos. «Estos examinadores no deberán inquirir ni la religion de los aspirantes, ni las escuelas en que se han formado. Los candidatos «mismos á la escuela de medicina, por ejemplo, no tendrán que «probar en un exámen previo si saben ó no astronomía ó matemáticas, como tampoco tendrán que justificar los aspirantes á la «magistratura sus conocimientos en química. De vuestras escuelas á las mias solo habrá un paso que dar; el exámen de la capacidad para tal funcion social hecho por hombres especiales.»

Así se concilian las pretensiones constitucionales de los pueblos modernos con los derechos de los padres de familia; así desaparece la *ridícula* y *fatal* prueba del bachillerato en letras, previamente exigido hoy á todos los candidatos á las funciones públicas.

Decimos ridículo. Se examina al postulante sobre historia, griego, latin, inglés, matemáticas, filosofía, retórica, y sobre cuási todas las ciencias conocidas de *Pico de la Mirándola*. La imposibilidad de contestar á todas y cada una de las ciencias motiva una negativa por vuestra parte. Puede acontecer, y acontece de hecho todos los dias, reprobado á un jóven que se dedica á la medicina, porque no ha sabido contestar sobre una pregunta de matemáticas; á un futuro abogado que debe pleitear en francés, porque no ha sabido responder en alemán; á un militar, porque no conoce el griego. Repetimos, pues, que esto es ridículo, amargamente ridículo, porque no hay ni examinador, ni doctor, ni bachiller en el mundo, que pueda probar que para ejercer con fruto el arte de curar es menester saber álgebra; que la ciencia de los combates es inseparable de la física, y que la causa de la viuda ó del huérfano está gravemente comprometida, si el defensor ignora el alemán.

Ridícula, insistimos de nuevo, porque parte de un principio de-

clarado tal por el sentido comun. Bien que vivamos en el siglo de las luces, todos los jóvenes no son Leibnitz, capaces de abarcar todas las ciencias. Cada uno tiene su aptitud particular, y es una verdad de observacion general, que nuestras facultades están en razon inversa de nuestra capacidad especial, queremos decir, que el mejor médico, por ejemplo, seria un mal geómetra.

Fatal tambien, en primer lugar á los jóvenes, que se ven obligados á consumir muchos años en estudios discordes, sin utilidad práctica, y cuyo primer cuidado es el de abandonarlos, una vez se ha obtenido el diploma. Dividiendo de esta suerte la atencion de los jóvenes sobre una multitud de objetos, los debilitais sobre cada uno. Vuestros mismos examinadores se lamentan de la prodigiosa debilidad intelectual de los examinandos; y á menos de suponerles capaces de la mas irritante injusticia, es preciso creer que dicen la verdad, puesto que cada año excede en mucho el número de los reprobados al de los aprobados.

Fatal luego para la sociedad; ¿sábese bien cuál es el resultado de hacer pasar por los ojos de los jóvenes, como una linterna mágica, esas largas nomenclaturas de las ciencias? Se puebla Francia de semisábios, los peores de todos los seres. Hombres vanos, ambiciosos, que se creen aptos para todo, sin que en realidad lo sean para nada, sino para importunar con sus pretensiones; que se irritan si no se les dan todos los destinos; que declaran guerra á muerte á la sociedad, si sufren una negativa; y que para vengarse, dedicarán su palabra, su pluma y su brazo á la anarquía.

Fatal tambien para la sociedad. Las extravagantes exigencias de ese exámen son propias para privar al país de los hombres mas capaces. Estos resultados antisociales son mas reales y frecuentes de lo que se cree. ¿Cuántos se podrian contar hoy en Europa, en Francia misma, militares distinguidos, médicos hábiles, jurisconsultos ilustres, que hubieran permanecido en la oscuridad, si hubiesen tenido que pasar por las Termópilas del bachillerato en letras para entrar en la carrera que honran? ¿Qué pueblo ha establecido jamás el principio de que todos los ciudadanos tenian que ser literatos, so pena de no ser nada? ¿Literato para ser soldado, literato para ser arquitecto, ingeniero de minas, guardabosque? en verdad que esto es burlarse de la nacion y del sentido comun:

¿no seria tiempo ya de no dar que reir al mundo á expensas de la primera de las naciones?

¿Se dirá acaso que se quiere apartar de las carreras que llevan á los destinos públicos á una multitud de personas que servirian mejor á la patria en profesiones mecánicas? ¿Por qué, pues, multiplicar los colegios y las universidades? ¿Por qué querer que toda la juventud de Francia reciba la misma instruccion? ¿Se quiere cortar la ambicion! Pero, ¿es preciso, quizás para cortar un abuso, crear otro mil veces mas funesto? Por otra parte, este es un medio estéril. Haced florecer la Religion: ella sola inspira al hombre la moderacion de deseos.

*Segundo medio de salvar la Familia:* restablecer la autoridad paternal en su plenitud.

Han dicho al Cristianismo: *Sal de vuestras escuelas;* y las nuevas generaciones han venido á la vida al ruido acusador de los sarcasmos y de las calumnias contra la Religion; ellas han bebido, ellas beben aun la corrompida leche del Paganismo; ellas han bebido, ellas beben aun el vino emponzoñado de la impiedad y de la indiferencia sistemática; las cátedras de historia y filosofia se han convertido en cátedras de pestilencia. Es necesario, pues, llamar de nuevo el Cristianismo á los colegios á fin de enseñar á las tiernas inteligencias, que son inmortales; que valen la sangre de un Dios; que la vida es una lucha, cuyo premio debe ser el cielo; que la tierra, sus placeres, y sus riquezas, son solo cintajos indignos de un corazon que puede y debe ambicionar lo infinito.

Los señales espantosos, precursores de la tempestad, que se presentan en el horizonte, los cálculos sin réplica, los gritos de alarma de los hombres sinceramente amigos de su patria, nos dicen bien que es mas que tiempo de apresurarnos. En la discusion del proyecto de ley sobre cárceles, Mr. de Saint-Priest recuerda la espantosa progresion de los crímenes desde quince años á esta parte; despues se pregunta cuál es el medio de atacar al mal en su raíz, «Es menester ante todo, responde el orador, tratar de moralizar á la sociedad por un mejor sistema de educacion... Haced dominar el elemento religioso en vuestras escuelas; que los jóvenes aprendan en ellas á temer algo mas que al gendarme y al fiscal. «En vano generalizaréis la instruccion. *La Religion*, dice Bacon, «es el aroma sin el cual se corrompe la ciencia. Sin la educacion, aña-

«de Mr. Royer Collard, *la instruccion no es mas que una arma destructora.*» En semejante materia, estas autoridades son de mucho peso; pero las estadísticas lo son mucho mas aun. Resulta de las cifras comparadas de la estadística criminal y de la de instruccion primaria, que donde hay mas crímenes está mas generalizada la instruccion <sup>1</sup>.

¿Significa esto acaso que no se deba cultivar la inteligencia de la juventud? No quiera Dios que emitamos semejante idea. Pero, dice Mr. Moreau Cristophe, inspector general de cárceles: «El mal procede únicamente de la clase de instruccion. La actual vicia «la semilla en su germen, y hace que no produzca la tierra mas «que inútiles y peligrosos frutos. En nuestras escuelas todo se sa- «crifica á adornos del cuerpo, de la memoria y de la inteligencia, «nada á las virtudes del corazon. Se puede ser hábil ó sábio al salir «de ellas, pero virtuoso, no.

«La instruccion crea una multitud de necesidades nuevas, que «si no se satisfacen, arrastran al crimen al que las siente. Está, «pues, en su naturaleza el aumentar los crímenes, mas bien que «disminuirlos <sup>2</sup>.»

¿Quereis saber aun lo que produce la instruccion sin la Religion? «Los que habian recibido el primer grado de instruccion superior han *mostrado siete veces mas propension al crimen que los que «solo habian recibido la instruccion primaria* <sup>3</sup>.»

Semejante resultado parece que deberia abrir los ojos al Gobierno; ¡ah! nada de esto. La ciudad modelo, «París, dice tambien «Mr. Moreau Cristophe, ha gastado en pocos años once millones «para la mejora de sus cárceles; ¿dónde están los fondos que ha «invertido en la mejora de las escuelas?» Por otra parte, ¿cómo creéis moralizar los presos con la simple moral? Ella no ha podido impedir que delinquieren, ¿y quereis reformarlos despues de su caída? Y ¿qué moral podríais predicarles vosotros, hombres sin verdadera religion? ¿La de los intereses? no conoceis otra; y sin embargo, esta es la que les ha perdido. Necesitan, pues, otra que tenga el poder de salvarlos. Esta otra es *la fe que une á Dios.*

<sup>1</sup> Guerry, *Estadística moral.*

<sup>2</sup> Beaumont de Tocqueville, *del sistema penitenciario.*

<sup>3</sup> Discurso de Mr. Morogues en la cámara de los Pares, 1834.

Pero para infundirles fe, es preciso creer, y además, es menester vivir conforme á lo que se cree.

Esta última condicion es indispensable: no os lo dice un sacerdote, sino un hombre de mundo: sin el ejemplo de sus maestros, sin prácticas religiosas concienzudamente cumplidas, la enseñanza, por religiosa que sea en vuestros labios ó en vuestros programas, será solo palabrería vana. ¿Comprenden bien esta necesidad nuestros hombres de Estado, que ven con indiferencia, cuando no con gusto, esas escuelas en las que *no se practica un solo acto religioso en todo el año?* ¿Cuántos colegios hay en París en que no se observan las sagradas leyes de la Iglesia! ¿en que no hay ni un profesor, ni un empleado, que cumpla un solo deber religioso! ¿Valor! El mal progresa; podríamos nombrar colegios en que siguen los jóvenes tan consoladores ejemplos. El mal está allí; allí debe aplicarse el remedio. ¡Desdichados de aquellos que debiéndolo ver no lo ven, que pudiendo salvar la juventud, la condenan á la mas vergonzosa de todas las degradaciones, á la degradacion moral! Ella perecerá, ella perece; pero su sangre caerá sobre la cabeza de sus corruptores y de sus tiranos.

*Tercer medio de salvar la Familia: cristianizar la educacion.*

Han dicho al Cristianismo: *Sal de nuestros talleres;* ¡y qué han hecho del obrero, gran Dios! «En otro tiempo, dice un economista «moderno, el obrero se elevaba lentamente, bajo la tutela de la «Iglesia, por una especie de iniciacion profesional, á una existencia feliz y tranquila; hoy, sin fortuna, y con frecuencia sin familia, entra de repente en la sociedad como un desconocido. Viajero extraviado, está sin cesar agitado por el cuidado de una existencia miserable, y lucha contra las angustias de su mala suerte «hasta que le matan los desórdenes ó la miseria.

«En la edad media el Cristianismo habia aproximado la distancia que separa al amo del obrero; en nuestra época la economía «protestante ha abierto un abismo entre el fabricante y el obrero; ha desaparecido la antigua organizacion jerárquica para hacer lugar á la anarquía industrial, y hecho libre el trabajo no ha «emancipado nuestros talleres del señorío feudal. El espíritu de «corporacion, las tradiciones religiosas y morales, las máximas de «delicadeza y probidad que caracterizaban las corporaciones de «la edad media, han sido reemplazadas por la concurrencia ili-